

INDIVIDUALIDAD

Seudónimo: PCQ

Sentada frente a mí hay una chica, de no más de veinticinco años, que no ha dejado de llorar desde que emprendimos el viaje. Lleva una falda larga que alguna vez debió de ser roja y un blusón gris, demasiado grande para su cuerpo estrecho, que no basta para defenderla de la tozuda humedad que nos golpea. Está descalza. Sus botas mojadas esperan con paciencia, junto a ella, el momento de secarse bajo un sol que no quiere salir. Su llanto no es estridente sino un gotear lento y constante, una tristeza serena que ella parece haberse cansado de intentar contener. Como ajenas a ella, las lágrimas resbalan por su piel oscura mientras sus ojos, fijos en algún punto del horizonte sin final, se la llevan lejos de esta barca incierta.

Tengo la impresión de que su pesar calmado tiene su propio espacio, su paradójica privacidad. Igual que un campo, está acotado por las fronteras invisibles de los pesares colindantes en este bote abarrotado. Continúo mirándola sin ninguna discreción. Me detengo sin prisa, casi con descaro, en los detalles de su expresión vencida. Podría resultarle incómodo, pero ella ni siquiera repara en mi presencia. Su mirar me traspasa y vuela sobre el mar, lejano a los que estamos cerca. Me pregunto de dónde viene, por qué llora. Qué dejó atrás y qué espera

encontrar al otro lado. Como no tengo manera de saberlo, ni nada más que hacer, decido inventar la historia que la aflige.

Empiezo a imaginar que se enamoró en Damasco de un compañero de universidad. Que no era mucho más alto que ella. Que tenía una manera de mirar directa y clara y que siempre llevaba la camisa remangada hasta los codos. Que la conquistó con su hábil manejo del lenguaje, pulido e ingenioso, como de travesura inteligente. Me invento la tarde de abril en que se besaron por primera vez. Me los invento tirados en un parque, diciéndose te quiero con los ojos mientras con los labios hablaban de las clases. Invento que hicieron el amor la última noche que estuvieron juntos. Invento los dramáticos abrazos de despedida y las promesas de amor eterno. Decido que la amargura que la invade viene de entender que no se verán más.

La verdad es que no es la primera persona de este barco a quien le construyo una vida. Se ha convertido en mi pasatiempo, en mi pequeña resistencia. Invento historias contra la colectividad macabra que nos uniforma bajo una sola palabra: refugiados. Son tantas las fotos de periódico en las que somos cientos de copias de la misma persona... Yo creo estos pasados ficticios para que seamos diferentes, para no olvidar que somos distintas personas, con distintas vidas, problemas distintos. Para recordarme que el estar huyendo de una guerra no nos quita el derecho a sufrir por amor, a añorar a un hermano, a un dolor de cabeza. Quizá sirva para luchar contra la uniformidad con la que nos mira el mundo. Para

que en caso de que alguien detenga su atención en nosotros, sepa que las lágrimas de esa mujer no son las mías. Quiero defender el dolor propio, quizá lo último que quede de mi individualidad.